



IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO.



AGUILAR Y MAROCHO

SIN contar con las alas de paloma que nuestro querido poeta Carpio deseaba

para cruzar los valles y los rios,

Cero, que hace dias se está cerniendo sobre el campo liberal, pasa en un momento á los últimos reductos del partido conservador á buscar allí, en prueba de imparcialidad, el hoy escogido, si no por su corazon, si por su pluma.

¿Quién será de ese compacto grupo el que merezca romper la marcha en el desfile de las notabilidades vivientes del partido neocatólico?

Indudablemente es un hombre que á primera vista aparece como jefe del grupo militante. . . . Le estoy mi-

rando. . . . tiene una estatura regular, al ménos en nuestra raza; representa mayor edad de la que realmente cuenta; los disgustos políticos y las enfermedades, han hecho que los años pesen más duramente sobre su cabeza que se ha inclinado ántes de tiempo, y los múltiples surcos de su tez pálida dan á su fisonomía un aspecto que no debería tener si su vida se hubiera deslizado tranquila sobre el bufete y entre los *in folium* del jurisconsulto.

Pero el torbellino de la política le arrebató hasta llevarle á un Ministerio, y muchos de sus años han corrido entre las sombrías y agitadas esperanzas del conspirador. Su inteligencia le ha colocado muchas veces á la cabeza de su partido, y su constancia, que otros llamarían obstinación, le ha hecho sobrevivir al naufragio de sus banderas y á la deserción que ha aclarado las filas de sus compañeros.

Ya se entiende, y si no, debe de entenderse, que nos ocupamos de Don Ignacio Aguilar y Marocho, y aunque de paso hemos tocado su vida pública, más bien ha sido como muestra de su carácter que como apreciación de su credo político.

Él y Cero han estado siempre bajo opuestos estandartes; Aguilar se ha aferrado al lábaro de Constantino, como aquel griego Kynégyros, de quien cuenta Herodoto que asió con la diestra mano la proa de una nave enemiga; cortáronsele con un golpe de segur; se asió con la siniestra que también perdió, y entonces se aferró con

los dientes, hasta que un tercer golpe le hendió el cráneo y le hizo perder la vida, como Jaafar el lugarteniente de Mahoma en la batalla de Muta contra las tropas del emperador Heraclio. Jaafar llevaba la bandera santa del Profeta; perdió la mano derecha y enarboló la bandera con la izquierda; perdió también ésta, y con los puños sangrientos sostuvo aún el estandarte sagrado hasta que cayó atravesado por cincuenta heridas (así al ménos lo cuenta Gibbon apoyándose en la autoridad de Abulfeda); ó por último, para que no falte un cristiano, tercer ejemplo, tomado del Padre Mariana en su historia de España, como el alférez Olea, que en la batalla de Cantespina, por defender el pendón de Castilla contra las huestes de Alfonso el Batallador, perdidos ya uno y otro brazo, se arrojó en tierra, protegiendo con su cuerpo el estandarte que no consiguieron arrancarle hasta después de haberle cercenado la cabeza.

Pero aunque Cero haya visto en opuesto campo al redactor de *La Voz de México*, hoy, al ocuparse de él, le dice lo que el gran Quintana al héroe de la batalla de Trafalgar:

Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

Inútil sería buscar el tipo de Aguilar entre los que nos ha traído la historia de la edad moderna, contándose ésta

desde la Dieta de Worms como quieren unos de un lado del Rhin, ó desde la revolucion francesa, como pretenden los de la orilla opuesta.

Aguilar pertenece de derecho por su carácter, á los cristianos del cuarto siglo de la Iglesia; estudiándolo bien, se comprende que debe de llevar el espíritu de uno de aquellos terribles contendientes de las luchas teológicas bajo los reinados de Constantino y de Constancio. Al verle cruzar silenciosamente por las calles, se siente algo como si se viera á Atanasio el de Alejandría, ó á Arrio su poderoso enemigo.

Aguilar—diría uno de los partidarios de Darwin—es un atavismo político, literario y religioso; entre los antecesores de este señor debe contarse San Cirilo de Alejandría: el alma de Aguilar, diría un discípulo de Allan Kardec, en otra encarnacion ha de haber tomado parte muy activa en la sangrienta cuestion de la consustancialidad.

Los combates entre los *homoousianos* y los *homoiousianos* deben de haber fatigado ese espíritu nutrido con el estudio abstracto y difícil del *logos* de Platon trasplantado á los inabordables limbos de los tres principios archicos.

En el Concilio de Nicea, Aguilar, en esencia, combatiría sin duda los primeros y vigorosos arranques de la doctrina heterodoxa, luchando contra Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedea.

Aguilar es un hombre á quien puede buscarse entre los personajes de los escritos de San Epifanio, de Sozomeno, de Tillemon y de San Ambrosio; se puede pensar de él, que como S. Ignacio de Loyola, divide sus horas de estudio y meditacion entre «La Imitacion de Cristo,» atribuida á Kempis; la «Acta Sanctorum,» del padre Bolland, y libros de Caballería como el Amadis de Gaula, Palmerin de Inglaterra, Florismarte de Hircania ú Olivante de Laura.

Si en el último cuarto del siglo XIX, el ruido de las máquinas y el estallido de los cañones de Krup no distrajera tanto la atencion de los escritores y de los políticos, muchos en México se habrian fijado ya en el carácter de Aguilar, tan completamente extraño á la época en que vivimos.

Los hombres como Prudhome, se adhieren á una esperanza; los hombres como Aguilar se adhieren á un recuerdo; los unos sueñan en una creacion ilusoria; los otros en una resurreccion imposible. Muchas generaciones cruzarán sobre el planeta que habitamos, y no llegará á nacer nunca el Mesías de los hebreos; muchas han de tornarse polvo tambien, y no volverán nunca á la vida ni Alejandro, ni César, ni Pompeyo.

Pero unos y otros tienen su fe, y la fe es una virtud muy rara en el siglo del fonógrafo y del fonógrafo.

Aguilar, en su juventud era poeta; quizá lo sea todavía; la facilidad y la gracia de sus versos, hacen sensible

que haya abandonado la lira de Apolo por la pesada pluma de la gaceta.

¿Quién no recuerda aquellas chispeantes décimas de la batalla del Juéves Santo? Aguilar las escribió *cálamo corriente*, y aunque inspiradas por la pasión política, cuando su autor estaba oculto, distan mucho de semejarse á esos libelos en que la ruin personalidad y el grosero insulto quieren hoy entre nosotros ocupar el lugar de la sal ática y de la fina alusion de los escritores del siglo de oro de la literatura. ¿Quién no sabe de memoria las siguientes preciosas décimas de la composicion citada?

De tu casa en el blason
Es bueno que se registre,
Con escudo, lanza en ristre,
Manopla y yelmo, un campeon,
Que al correr de su troton
En la plaza principal,
Entre aplauso general,
Se vea con estudio y arte
Pasando de parte á parte
A la iglesia Catedral.

Moribundas dos navetas,
Desangrándose un telliz,
Manca una sobrepelliz;
Una alba huyendo en chancletas;
Una estola con muletas;
Prisioneros dos manteos;
Dispersos seis solideos;
Contuso un bonete adulto
Y un misal pidiendo indulto,
Estos serán tus trofeos!

Este es un cuadro vivo y palpitante que no se hubiera desdeñado de honrar con su firma el duque de Rivas; y el mismo Juan José Baz contra quien iba dirigida la sátira, celebró como hombre de mundo y de talento la inspiracion del autor y la gracia de las décimas.

Por honra de la literatura mexicana, Aguilar debió de consagrar á la poesía esas dotes intelectuales que se consumen hoy en la fatigosa redaccion de *La Voz de México*.

Así nuestra patria hubiera tenido quizá un Quevedo, y algo más sobre que hablara el pobre Cero.

Pero la culpa es de Aguilar y Marocho, á quien, siguiendo el lenguaje católico, le podemos decir que el día del juicio final, en que como dice el catecismo del P. Ripalda, todos hemos de comparecer resucitando con nuestros propios cuerpos, le tomará Dios estrecha cuenta del rumbo que ha dado á su barca, y quizá se le pregunte con voz terrible, como el Señor le preguntó á Cain: IGNACIO, ¿QUÉ HAS HECHO DE TU MUSA? y D. Ignacio, que no habrá perdido sus recuerdos de México, contestará con aquel verso del *Farabe*:

En fin, ella se ausentó
Sin darle ningun motivo;
Por tres días que no comió
Ya no quiso estar conmigo.

Despues de esto, tal vez se creará que en su trato familiar, D. Ignacio Aguilar es un hombre seco y de po-

cas palabras, de quien se puede decir lo que creo que San Basilio dijo de uno de los arzobispos de Constantinopla: «católico sin unción y justo sin caridad.» Pues nada de eso; como otra prueba de que el estilo no es el hombre, Aguilar es muy afable en su trato, gracioso y jovial en su conversacion, y eso á prueba de golpes de fortuna y de persecuciones políticas.

Su honradez ha resistido hasta la pluma de sus enemigos, y ni por calumnia le han llamado pícaro; ha vivido la vida del contraste; poeta y jovial, ha pasado muchos años escribiendo artículos dignos de un teólogo; creciendo en medio de la revolucion reformista, ha profesado con encarnizamiento las doctrinas conservadoras; no ha cedido jamas un palmo de sus opiniones; es como era y será como es.

Gritos discordantes forman la armonía de la humanidad. En este gran compuesto cada componente tiene su razon de ser, y forman el admirable cuadro de la marcha del espíritu humano, Voltaire y Santo Tomás, Safo y Santa Teresa, el *cosmos* de Anaximeno ó de Indico Pleustos y el *cosmos* de Humboldt y de Laplace; las *slocas* de Manu, los *Souras* de Mahoma y los versículos de la Biblia; los ejércitos de César y las hordas de Atila; la Inquisicion y la Comuna; la Constitucion de 1857 y el *Syllabus*; *La Voz de México* y *La República*; Aguilar y Juan José Baz.